

Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. EDUARDO CARRETERO MARTÍN

EN LA ENTREGA DE LA MEDALLA DE HONOR 2004

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. IGNACIO HENARES CUÉLLAR



GRANADA

MMIV

Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. EDUARDO CARRETERO MARTÍN

EN LA ENTREGA DE LA MEDALLA DE HONOR 2004

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. IGNACIO HENARES CUÉLLAR

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO DE LA FACULTAD DE DERECHO
EL DÍA 18 DE MAYO



GRANADA

MMIV

DISCURSO
DEL
ILMO. SR. D. EDUARDO CARRETERO MARTÍN

HOMENAJE A LA ESCULTURA

Señor Director,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

CONSIDERO QUE EL HONOR QUE ME CONFIERE LA ACADEMIA tiene su justificación en dos realidades que me superan ampliamente. La amistad, que en mi caso y gracias a la generosidad del querido Manuel Orozco Díaz ha impulsado el ánimo y la decisión de la Corporación. Y la grandeza de un arte como la escultura, que es, entiendo, a fin de cuentas la destinataria real de este reconocimiento académico. A ella se dirige, y así lo creo, el homenaje de todos en la presente ocasión.

Comenzaré por el recuerdo del extraordinario ser humano y prodigioso intelectual que fuera Don Manuel Orozco. Hasta donde alcanza mi memoria la suya ha sido una presencia constante en los más diversos momentos de mi vida, en la juventud granadina. Ambos compartimos el escenario que el centro de Granada, el Zacatín y Bibarrambla, con sus monumentos, bulliciosa vida pública y mercantil, en una ciudad semidormida, ofrecía para el descubrimiento de la vida y el juego. En Fuengirola, en la época de una lejana y dorada juventud, fueron las inquietudes intelectuales y las amistades comunes, las de los Alvar o Francisco García Lorca y Laura de los Ríos, José Luis Cano, Nicolás Marín, Mari Luz Escribano, López Banús, García Verdugo, Alfonso Moreno, Rafael León y Victoria Atencia, entre otros, las que mantu-

otra forma de la casualidad el desencadenante de lo que posiblemente podríamos llamar inspiración. O ésta puede deberse a la contemplación de un capricho natural como los que se ofrecen en el paisaje pétreo de Cuenca, que constituyen verdaderos manifiestos de la estética organicista o expresionista. O finalmente, para concluir una brevísima enumeración de posibilidades, puede venir determinada por las propias irregularidades, concavidades o impurezas del material con que el escultor trabaja, que imponen su propia cualidad expresiva. En la actualidad, en la que consagro fuerza y voluntad a la conclusión de una Virgen en piedra de Colmenar, considero que los ángeles, con una secreta intención que no se podría hacer objetiva ni expresa, han elegido su propio lugar en la composición del conjunto, imponiendo el valor expresivo que las oquedades de la piedra llevaban consigo.

Este material ha dominado a lo largo de mi trabajo escultórico sobre las otras preferencias técnicas y plásticas. Lo ha hecho de tal manera que, andando el tiempo me impuso la que, al día de hoy, ha resultado ser mi definitiva residencia; también la más intensa en el sentimiento y la emoción, en el madrileño Chinchón, por su proximidad a la cantera de Colmenar de Oreja, destino de un constante peregrinar desde Madrid. La piedra es la materia de las figuras escultóricas de los Evangelistas del granadino Colegio Mayor de Isabel la Católica. La historia de cuya ejecución ha sido referida con tanto gracejo como valor testimonial por Manolo Orozco, compañero de los años de mi retorno juvenil a Granada en los años de la posguerra. El concurso de la Universidad de Granada tendría las características de un simbólico punto de partida de lo que sería mi actividad durante más de dos décadas.

Su realización suponía el comienzo de una carrera con rasgos afines a la de los jóvenes artistas de mi generación, y a la vez la afirmación en mi trabajo escultórico de un método y unos principios que permanecerían a lo largo de mucho más de medio siglo. Como recuerda Orozco en su relato, desde ese momento temprano aparecen ante mí en la escultura como dos realidades propias y distintas, que poseen un carácter de necesidad, el modelo y la ejecución. El primero, libre y esencial, moldeado en barro a menor escala, repre-

creación de artistas como Iván Mestrovic, o la valentía técnica y la sinceridad formal patentes en un Giacomo Manzú, fueron esenciales en la redefinición del arte monumental, al que pertenecen ciclos como el que realizara para la iglesia de San Francisco Javier de Pamplona, para el edificio Huarte, el hotel de los Tres Reyes o el monumento a Sarasate, entre otros.

El arte religioso ocupó y ocupa un lugar relevante en mi obra, y en una parte importante ha viajado y se encuentra fuera de España. Siempre obedeció su ejecución a la firme convicción de que cumpliera fielmente los fines a los que se destinaba. Buscando hacerlos presentes mediante la emoción artística a través de formas plásticas de inspiración expresionista. Pero siempre he pensado que no existe en un trabajo como el escultórico, en permanente acción con la materia, la posibilidad de adaptarse literalmente a un estilo. En cada movimiento, en cada actuación, el escultor continúa la cadena de egipcios, romanos, canteros románicos, o escultores góticos. El suyo es un instante, y así lo siento interiormente, en una larga e interminable historia del trabajo. Pues nada en el esfuerzo artístico creo que coloque al creador por encima del que desarrolla el picador en la mina.

Este trabajo, a partir de los sesenta, fue acomodándose a nuevas realidades, nuevas formas del encargo, a temáticas más variadas, que representaban unas iniciativas distintas, y sobre todo una más amplia libertad del creador. Las obras de escala monumental, que hubieran sido imposibles sin el espacio que para mi trabajo dispusiera en los Nuevos Ministerios, fueron acompañadas por otras en las que el retrato, que no era en absoluto nuevo en mi quehacer, esculturas organicistas en madera o bronce, simbólicas representaciones de la danza o el mito, el flamenco, proporcionaban posibilidades expresivas y libertad artística crecientes.

Con respecto al flamenco, que ha sido un objeto de interés cultural y artístico bastante intenso en mi vida y obra debo recordar que representó una auténtica evolución sentimental e intelectual, que sólo se puede explicar a partir de la que vivían la sociedad y la escultura española contemporáneas. Aunque existieran antecedentes familiares para esta afición, en la posguerra una pesa-

delgado, inasequible, con la elasticidad libre de la diabólica llama... Sí, una alegre llama condenada a la tierra, llena de pensativo y alerta sentimiento;... Y sus lenguas innumerables lo lamían todo, (rosa, llaga, estrella) en una caritativa renovación constante... era... niño en el niño, mujer en la mujer, hombre en cada hombre, el joven, el enfermo, el listo, el peor, el sano, el viejo, el inocente; y árbol en el paisaje, pájaro y flor, y más que nada, luz, graciosa luz, luz”.

Este ideal educativo, contenido en un libro escrito en Nueva York por Gloria Giner de los Ríos y Laura de los Ríos García Lorca, dedicado a las Cumbres de la civilización española, no ha prescrito. Esta ejemplaridad es la que me he esforzado en transmitir en el retrato colosal de Ramón y Cajal, en el monumento a Rosa Luxemburgo o en el retrato de Gabriel Celaya, de quien deseo citar brevemente un texto en el que se describe la función del poeta, que bien vale para la del artista:

“Ser poeta no es vivir
a toda sombra, intimista.
Ser poeta es encontrar
En otros la propia vida.
No encerrarse; darse a todos;
ser sin melancolía,
y ser también mar y viento,
memoria de las desdichas
y eso que fui y he olvidado
aunque sin duda sabía.
Cuanto menos pienso en mí,
más se me ensancha la vida.”

El retrato supuso una larga experiencia artística y un amplio aprendizaje humano que no podría resumir. Sí citaré los otros retratos que más he frecuentado, los dedicados a la infancia, porque ocurre como si el instinto me hubiera impuesto el deber de unir en el arte las ideas y los valores de la Cultura con la esperanza del Futuro. En idéntico sentido querría concluir estas palabras de agradecimiento, que ya se extienden más allá de mi deseo, por cuanto entien-

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. D. IGNACIO HENARES CUÉLLAR

Sr. Director,
Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

ME HA ENCOMENDADO LA ACADEMIA LA GOZOSA RESPONSABILIDAD de hacer en nombre de la corporación el ofrecimiento de la merecida distinción que ha acordado conceder a un artista excepcional como Eduardo Carretero, que a sus muchos méritos como escultor une la cualidad intelectual y moral de un auténtico humanista. La mayor dificultad del empeño de trazar su semblanza la representa su propia exigencia en materia de sobriedad y delicadeza. Por ello quisiera recurrir a la esbozada por alguien tan próximo al artista como nuestro desaparecido compañero, el doctor Orozco Díaz, con motivo de la exposición del artista en la Madraza en diciembre de 1994: “Carretero siempre parte del lejano cantero de la ruta de Santiago humilde y desconocido que labrara las viejas piedras catedralicias y funerales. Él se siente y se reencarna en la humana servidumbre de la belleza. Con su pensamiento ascético y su alma desvelada, Carretero comprende que lo verdaderamente difícil para el gran artista, es librarse de los cuatro pecados capitales del Arte. La servidumbre al poder, al oro y al laurel, y la del cinismo y la ignorancia”.

guran obras de tamaño colosal en piedra, integradas en la arquitectura en perfecta conjunción, como las del edificio Huarte, la Nunciatura Apostólica, la Universidad Laboral de Córdoba; las vigorosas esculturas de las iglesias del Instituto Nacional de Colonización, San Francisco Javier y San Enrique en Pamplona, el Colegio Mayor Isabel la Católica de Granada, el Colegio Teológico Hispano Americano, y una larga teoría de muchas otras que en su conjunto constituyen una página de extraordinaria importancia en nuestra historia escultórica contemporánea. En 1960 escribía sobre su significación Alfonso Moreno lo que sigue: "Eduardo Carretero ha extendido el abanico de la escultura hasta tocar sus dos extremos: la arquitectura y la pintura. Y así, ha esculpido estatuas colosales para los frontispicios de las iglesias, ha copiado retratos fieles, ha inscrito bajorrelieves en los muros de los edificios civiles, ha tallado en madera santos usuales, ha modelado formas de abstracción y ensueño, ha compuesto sorprendentes mosaicos, ha clavado figuras de bronce en los paseos públicos. Ninguna técnica le es ajena".

En efecto, la sabiduría técnica y una inagotable capacidad de idear e innovar en el ámbito de las forma plástica convierten su obra en un discurso de auténtica ejemplaridad estética, presidido por la lección de renovación artística legada por la vanguardia de preguerra, y que las difíciles condiciones de la posguerra no pudieron cancelar. Ocurriendo, por el contrario, que los jóvenes creadores del momento, entre los que se encontraba Carretero, se esforzaran por recuperar una modernidad, pero no entendida como escuela, con un carácter plural y abierto, que comprende poéticas de tradición poscubista, surrealista o expresionista.

No he pretendido en ningún momento hacer el inoportuno currículo del homenajead, pero sí he hablado de su escultura monumental y religiosa, que se impone por su escala, expresividad y modernidad. Que con sus especiales dificultades ha supuesto un campo apto para la inscripción de un ideario estético de inspiración abiertamente humanista. Pero pudiera parecer un olvido injusto de mi parte no hacer mención de su extensa retratística y de las delicadas obras de un carácter más intimista, y hasta decididamente experimental, a

Oidor de los silencios contempla el estremecido temblor de las hojas de los chopos que dora el otoño”.

La poesía de la cita justifica su extensión, debe asimismo considerarse un obligado recuerdo al amigo ausente, en gran medida responsable de que hoy el escultor haya inusualmente abandonado su espacio de arte y silencio, rodeado de libros y esculturas, y entregado a un afán, en el que le describe admirablemente su vecino, el también añorado Don Manuel Alvar. “El arte del escultor –escribe– es sólo el arte de labrar el silencio en los torsos, en los volúmenes de la forma, en las maderas talladas como gritos ahogados, en las muchachas que contemplan la perfección de su desnudez... toda la escultura de Eduardo Carretero es un largo camino hacia el silencio. (Sólo fallo yo). Hablar de su arte sólo puede hacerse sin palabras. Lo demás está en los tratados de retórica que ahora para poco sirven”. El compañero de los crepúsculos manchegos expresaba de esta manera la esencia de una actitud moral y estética. Sabemos que Eduardo Carretero comprende que este momentáneo alejamiento de su mundo y de su *ethos* es consecuencia de la sincera admiración y el afecto de esta corporación. Reciba, pues, este sincero homenaje, que honra, sin duda, en gran medida a quienes lo conceden. Muchas gracias.